

“¡Stradivarius ha muerto!”

Tengo 36 años y nací, vivo y trabajo en el barrio de Gràcia de Barcelona. Soy “luthier”: hago violines desde que tenía 12 años. Vivo con Cristina y con un hámster, y no tengo hijos. Soy individualista al ciento por ciento. Soy creyente católico. Yo hago hoy violines que no tienen que envidiar a los del siglo XVIII, porque los hago con pasión

CONSTRUCTOR DE VIOLINES



DAVID BAGUÉ SOLER

Podría usted falsificar un Stradivarius?

—¡Ah! ¡Que me metieran en el cárcel por eso sería mi mayor título!

—¿Podría o no?

—Sí, si podría. Si yo fuera más pérfido...

—¿No es una fanfarronada?

—No: los violines que podían hacerse en el siglo XVIII pueden hacerse hoy.

—¿Y por qué se cotizan tanto los antiguos?

—¿Un Stradivarius llega a costar 400 millones de pesetas! Es porque hay muy pocos y los músicos prefieren los instrumentos antiguos... todavía. Pero ya hay violinistas italianos que dicen: “Yo quiero un Bagué”.

—¿Qué tiene un violín suyo de particular?

—Que vuelvo a hacerlos como los hacían Stradivarius o Guarnerius: ¡con pasión!

—Yo creía que el secreto eran los barnices...

—Bobadas. El secreto es que en los violines de aquellos hombres se notaba si al hacerlos estaban exultantes, furiosos o se habían peleado con su mujer: ¡la pasión! Luego vino la revolución industrial, y todo se fastidió.

—¿Qué quiere decir?

—Que desde entonces se han hecho violines bonitos, de apariencia perfecta, simétricos... Caramelitos... que no suenan. Donde empieza la academia acaba el arte.

—¿Y los suyos sí suenan, los suyos son arte?

—Yo hago violines con ganas, rabia, devoción, pasión... Mis violines son malparidos, deformes, imperfectos... Sí, señor, ¡porque la belleza nunca es simétrica! ¡Al contrario!

—En fin, que va usted a la suya.

—Lo que hago es provocador, es verdad, y tengo muchos detractores...

—¿Sí? Pues aquí, en su taller, veo varias fotos de Ruggiero Ricci sonriendo a su lado...

—¿Cómo le admiro! Con 83 años y no ha perdido ni un gramo de pasión e ilusión por ese extraño aparato que es un violín.

—El mejor violinista vivo, para muchos...

—Por eso un día me planté ante él con uno de mis violines. Se lo di, lo tomé, lo miró, y me dijo: “No me hace falta tocarlo para saber que es bueno”.

—¿Cayó usted de hinojos, imagino...

—Al probarlo, me dijo: “Llevo 75 años probando instrumentos nuevos y antiguos, y es la primera vez que uno nuevo me dice algo”.

—¿Justo lo que usted pretendía, ¿no?

—Es mi meta: ¡por qué el cotarro del violín tiene que basarse en violines de gente muerta? Quiero que el músico tenga en un instrumento nuevo eso que busca en el antiguo. He convencido a Ricci para que grabe un disco tocando violines contemporáneos. ¡Stradivarius ha muerto, demonios!

—¿Y de dónde le viene a usted esa manía de hacer violines?

—De cuando tenía 12 años. Mi madre toca el piano, le gusta la música, y un día nos compraron un violín, por si a alguno de los hermanos nos daba por tocarlo...

—Y a usted le dio.

—No, no: a mí me dio por desmontarlo.

—¿Por qué hizo eso?

—En un programa infantil de la tele —“Terra d’escudella”— proponían a los chavales hacer un violín en casa con una botella y una lata... y por eso yo me propuse saber cómo era por dentro un violín de verdad.

—La tele, siempre liándola...

—En casa se montó el gran cristo cuando vieron el violín abierto! Pero, para mí, verlo fue una revelación: en aquel instante supe que yo quería ser constructor de violines.

—¿Extraña pulsión...

—Dígaselo a mis padres... En eso he tenido mucha suerte: al principio no me hacían mucho caso; pero luego me apoyaron.

—¿Y qué se estudia para ser esto?

—Yo no tengo ningún título, ni lo quiero.

—Pero, ¿cómo aprendió?

—Lo que me gustaba era meterme en el taller de un señor de 80 años, un artesano del

LAUDERO

Bagué parece sacado de un cuento de músicos inflamados de otro siglo. ¡Qué pasión, qué temperamento! Su voz tonante resuena entre las maderas, formones y buriles de su taller, entre los esqueletos de violines a medio nacer: este taller es como el de Gepetto, y cada violín, un hijo de madera que Bagué lanza a llorar por esos mundos.

Algunos de sus violines —y los de otros “luthiers” actuales— sonarán en un disco inspirado por Bagué y tocado por el violinista Ruggiero Ricci bajo el título “The legacy of Cremona” (Dynamis). El de Bagué es un oficio poético, romántico, con un aura de fantasía. El mejor instrumento es la voz humana, y lograr un violín que la emule es el sueño de todo “luthier” (laudero en castellano, “lauther” en catalán). David Bagué, a solas en su taller, está en ello

barrio, que arreglaba pianos y guitarras y hacía de todo, y oler a madera, a cola... ¡eso era lo mio! Él me ayudó a hacer mi primer violín, a los 13 años. Luego me fui a Cremona.

—¿La luna de los “luthiers”!

—Con 15 años, mis padres confiaron en mí. Veían que me levantaba cada mañana pensando sólo en hacer violines... Pero duré sólo tres semanas en la escuela de Cremona.

—¿Por qué?

—No había pasión. Me hacían estudiar matemáticas, religión... ¡Y lo que yo quería era devorar madera! Salí de allí y logré entrar en un taller. Los “carabinieri” me perseguían: yo era un niño sin permiso de trabajo...

—Hoy debe de ser feliz: hace lo que quería.

—Sí. Me expreso haciendo violines. No es un oficio: es mi manera de vivir. Y como cada violín que hago es distinto, me divierto.

—¿Y cómo se hace un violín?

—El violín ya está en el árbol: yo sólo quito lo que sobra. Yo viajo a bosques alemanes y allí selecciono arces con lo que haré violines... dentro de 15 años: me los talan, y la madera tiene que reposar todo ese tiempo.

—Y luego, ¿cómo va la cosa?

—Cuatro meses de trabajo a 10 horas diarias, hasta llegar a las capas de barnices. Hay una piececita que ajusto dentro del violín, el alma, que le da un sonido más ácido o más “fumador” o más colorido... Por eso me gusta decir que soy “convomedor de almas”.

—En otro sentido, lo será luego el músico...

—Sí, y ahí hago de psicólogo: hablo con ellos para descifrar qué violín le conviene a cada uno. Porque un mismo violín suena diferente según el músico, incluso sólo por sus dedos más o menos regordetes o largos...

—Interesante.

—Quien suena, en realidad, no es el violín: es el cuerpo del músico, es el mismo músico. A veces hay músicos que dicen: “Este violín es malo”, y es mentira: los malos son ellos.

VÍCTOR-M. AMELA